

EN LOS CUARTITOS

narrativa punto aparte 

Vivíamos en casa de la abuela, tan enferma de sus piernas que apenas se movía de la cama; yo pegaba el sillón doble a una orilla de su colchón y ahí pasábamos la noche viendo películas en el canal 9. La tía Isabel nos traía jícamas o frituras de harina con salsa Valentina y refresco para mí. Ella se encargaba de cuidarnos mientras mi madre trabajaba aunque los vecinos solían decir que era una loca: esa manía de mezclar café y coca cola y exhibir sin reparos, más bien con altanería, la belleza de su cuerpo, esos ojos jade, casi condena y augurio de su libertinaje, y lo deslenguada que era, en completa contradicción con ese físico envidiable. Al menos un talento, algo que la librara del rechazo absoluto mas nunca de las habladerías: le mandaban ropa a remendar, subir la bastilla, coser pretinas, arreglar cierres, o le encargaban hacer carpetas y manteles porque la tía era maravillosa al crochet y con la máquina de coser. Estudió en una escuela Singer, decía mi abuela cuando aún solía pararse, salir al patio, revisar sus plantas. Hablo de cuando la abuela regaba todo y me dejaba echar jabón Roma en el piso de losetas para resbalarme hasta dejarme la panza colorada. Solo que ahora ya no se movía de la cama. Luego llegaron las jarochas.

Mi mamá se sentía culpable del asunto, si no hubiera rentado esos dos cuartos de atrás... Por más que se la pasara trabajando, el dinero faltaba siempre. Con la abuela

en cama, sus necesidades de tanques de oxígeno, las piernas pudriéndosele de a poco, la belleza infructífera de la tía. Así que rentaron los dos cuartitos del fondo, construyeron un pequeño baño y dejaron una entrada aparte por un costado, cerrando con block la puerta que los unía a la casa y enjarrando solo el lado de los cuartitos. Dentro de la casa, lo que había pretendido ser mi habitación quedó tapiado con bloques grises y cemento despanzurrando.

Ellas eran hermanas y aseguraban ser de Veracruz, una se llamaba Laura y la otra Olga. Ambas eran morenas, de pelos rizados y con unos muslos enormes, firmes. Olga padecía una cojera muy notoria, la pierna derecha no se le estiraba bien o de plano era más chica o no sé porque mi mamá me tenía prohibido verle directo a las piernas. Es de mala educación fijarse en los defectos de los demás, me decía. Lo cierto era que caminaba como si se hundiera un poco a cada paso.

Tras la decepción ante una posible habitación propia, mi lugar favorito de la casa pasó a ser el techo. Subía sin problemas, siempre he sido muy ágil y muy flaca. Arriba no había polvo ni cardones ni espinos, ni esos caradeniño que tanto me asustaban. Arriba todo era gris y azul, veía a los niños jugar al stop o al futbeis y por detrás veía el canal de aguas negras y residuos industriales con que los seminaristas regaban sus plantaciones y por eso luego andaban con diarrea y tifoidea, y por eso no había que aceptar sus donaciones de higos por más ricos que se vieran, morados y gorditos, nada. Si hacía mucho calor yo abría la tapa del tinaco, me mojaba la cara y me iba a la sombra del pirul, tan grande que sobrepasaba el techo dejando todo cochino con ramitas y bolitas rojas. Veía las líneas de sol

ondulando en el techo luego de pasar por las delgadas hojitas del árbol. Con mucha imaginación uno podía pensar en las trazas de luz de flotan en las piscinas, como rayitos dorados, presionar esas culebritas luminosas.

Mi mamá me aventaba la escoba: ya que andas allá arriba sirve de algo y barre toda la cochinateda del pirul. Muchas cosas se pueden ver desde esa altura, por ejemplo, los niños como hormigas, la basura y los cacharros que la gente acumula en sus propios techos, las fumarolas negras de la termoelectrica. También podía ver alguna una estela de polvo anunciando la llegada de un carro a la casa, del cual se bajaban una de las hermanas o las dos, y caminaban por el pasillo hasta los cuartitos y la Olga parecía chocar con la pared y luego se enderezaba y luego otra vez iba a chocar y se enderezaba.

A mi tía le empezaron a caer mal.

A mi tía todas las mujeres le caían mal, hasta mi mamá y mi abuela, y era cuestión de tiempo para que yo le cayera mal, lo percibía en sus ojos verde agua fijados en mi cuerpo. Al principio las hermanas le llevaban vestidos o faldas: les agarraba bastilla, más ajustados, pinzas en la cintura, ábrele el escote. En cuanto algunos de los pretendientes de mi tía comenzaron a desfilarse por el pasillo de las hermanas, nació la rabia. Sobre todo cuando vio al Lalo entrar muy quitado de la pena a visitar a la Laura. La cantidad de coca cola con café que tomaba mi tía para no dormir y vigilarlas. Mi madre se angustiaba, Isabel déjalas en paz, mujer, es de mala educación fijarse en la vida de los demás. Ella con lo de la mala educación zanjaba todo asunto. Yo mejor me iba al techo, allá no pensaba en las piernas de la abuela ni en la pierna pequeña de la Olga. Me recostaba en la parte inclinada, sintiendo que me resbalaba de a poquito, mirando el cielo e imaginando

que me sumergía en una masa fresca y salada. Pega bien el oído, capaz escuches algo, me decía en ocasiones mi tía. Pero no lograba escuchar nada de los cuartitos. Duermen de día. Sí, como los pinches vampiros.

Una de mis tareas consistía en ir a vaciar de tanto en tanto el orinal que guardábamos debajo de la cama de la abuela para evitar el olor ácido y penetrante de su micción esparcido por toda la casa. ¿Cómo van mis piernas?, preguntaba, y yo alzaba las gasas que mi mamá le ponía a diario antes de irse al trabajo y veía esos círculos blancos con morado, azul y en el centro carne viva. Secreciones ligeramente amarillas, olor dulzón. Es por la diabetes, me decía mamá. Las piernas de la abuela eran tan dulces que se podrían.

—Van mejor —mentía—. Abuela, la Olga tiene una pierna mala porque tuvo un accidente y casi se la cortan, solo que se encomendó a la santísima muerte y ella le salvó la pierna.

—¿Cómo sabes eso tú?

—La Olga me lo dijo —mentía.

—No quiero que andes hablando con esas mujeres, ¿entiendes?

Lo de la santa muerte lo inventé porque un día pude asomarme por la ventana del cuartito, un día que por fin la abrieron un poco y dejaron que entrara luz y se rasgó el papel aluminio con el que habían forrado los vidrios, de manera que salió un aire de cigarros, incienso, humo, cosa quemada. Un aire que me era ajeno pero atractivo, como respirar algo nuevo que dentro de mí tomaría otras formas o me atribuiría cierto conocimiento hasta ahora vedado. Vi esa imagen enorme, negra como algunos caradeniño, con los ojos de canica roja, veladoras en el piso, fotos de hombres y cosas indistinguibles. Me dio mucho miedo.

Primero le conté a mi tía Isabel y dijo: aparte de putas, satánicas. Ya para esas alturas las odiaba porque el Lalo se la pasaba de acá para allá con la Laura. Luego le conté a mi abuela, que se persignó y dijo: ojalá tu mamá las corra pronto. A mi mamá no le conté porque diría que es de mala educación andar fijándose en la casa de los demás.

Las vecinas dejaron de hablar de mi tía y comenzaron a hablar de las hermanas. A mi mamá no le hubiera importado si el chisme no incluyera brujería y sacrificios. No le importaba, le daba miedo, que no es lo mismo. Quizá hasta le provocaba envidia enterarse tarde de todo aquello que sucedía en su casa y siempre por otras personas, nunca revelar misterio, perderse la vida tan próxima. La encargada de esparcir el rumor había sido mi tía Isabel, naturalmente. Y ninguna de las dos se animaba a correrlas. A mí me caían bien, me regalaban dulces y dinero por los mandados que les hacía.

Abuela, ¿y si le pedimos a la santa muerte que le cure las piernas como a la Olga?, y si le queda una más corta que la otra pues qué tiene. Deja de decir tonterías, niña, con mis piernas y conmigo pasará lo que dios y su misericordia me tenga preparado. Yo no sabía si uno podía pedirle a la santamuertecaradeniño por otra persona o solo por uno mismo. Yo estaba más que decidida en pedirle por la abuela. Me fui al techo para pensar claro, para saber cómo pedirle. Escuché el motor de un auto y a la Olga acercarse, colgué la cabeza, ella caminaba por el pasillo con su vaivén.

—Hola, Olga, oye, ¿puedo pedirle a tu santa muerte por mi abuela? Quiero que le cure las piernas.

La Olga soltó una carcajada, luego rápido calló y me dijo que ella no se metía con los niños ni con las abuelas.

—¿Por qué?

—Porque no, y no deberías andar de metiche.

Abrió la puerta y se metió. Yo bajé enojada con la Olga.

Esa tarde mi tía estaba sentada en el porche con el crochet sobre sus muslos, fumando, lo cual era una nueva actividad. Tenía los ojos bien rojos y la nariz congestionada indicando un llanto prolongado. El Lalo ya no me quiere, me dijo. Estaba segura de que eso lo sabía, como lo sabía toda la calle desde hacía un par de semanas, pero al parecer recién se daba cuenta o recién lo aceptaba.

En eso llegó una camioneta blanca con el logo de la termoeléctrica en una de sus puertas, tocó la bocina y salió corriendo la Laura. Mi tía, que en cuanto la divisó comenzó a temblar, se puso en pie, tiró el crochet a un lado y dijo: me las van a pagar estos culeros. Agarró unas piedras más bien pequeñas, casi de gravilla, y las aventó a la camioneta, fallando cada tiro. Y el Lalo por huir quemó llantas, dejándonos empolvadas.

Volví a mi lugar favorito, aburrida de escuchar a mi tía y fastidiada por la polvareda. Me tendí bajo el pirul porque hacía mucho calor, aplasté sus bolitas rojas y secas como pequeños cascabeles, tenía sed. Sentía que justo debajo de mí existía una figura enorme y poderosa que esperaba por mi petición y mi ofrenda. Sabía que los dioses no daban nada sin algo a cambio, quiero decir que sabía lo que significaba ofrenda y sacrificio, pero ¿qué podía ser?, ¿qué podía interesarle de una niña de once años?, ¿yo misma? En los cuentos de hadas las brujas siempre quieren un niño. El sonido de golpes en la puerta de los cuartitos me hizo asomar la cabeza por el pasillo. Mi tía Isabel llamaba enfurecida y cuando la Olga abrió mi tía la hizo a un lado de un empujón y ella, con su pierna de niña, pierna milagrosamente salvada pero de niña, cayó sin siquiera meter las manos. Luego mi tía salió cargando la santa muerte, diciendo ahora verán, pirujas, y yo creo que la

cosa no pesaba tanto porque la llevaba en brazos y casi corriendo, o era esa fuerza extraña que ella adquiría al enfurecer, que le colmaba el cuerpo entero como un perro rabioso, le escurrían lágrimas excesivas y luego quedaba agotada, temblando y dolorida.

La Olga corría, parecía quebrarse sin lograr alcanzar a mi tía, gritando maldiciones: déjala en paz o te castigaré. Las vi dar vuelta a la calle rumbo al canal, definitivamente la cosa no pesaba tanto porque mi tía la alzó como un trofeo oscuro por encima de su cabeza y con sus dos manos la aventó directo a las aguas negras. La cosa, que ya no parecía una santa muerte poderosa, en lugar de hundirse se fue flotando como un barquito quemado y solo, mientras la Olga se tiraba al piso y lloraba.

Bajé y fui con la abuela.

Abuela, mi tía se peleó con las jarochas, sacó cargando la santísima muerte y la tiró al canal. Mi abuela se cubrió la boca, después dijo: Isabel no se cansa de hacer estupideces. Apagó la televisión, se quedó callada y pensativa mirando la pantalla gris. Quise salir a seguir viendo qué ocurría, mi abuela dijo no, quédate acá, pon el sillón y veamos una película. La obedecí, prendí la tele aunque ninguna de las dos le prestaba atención, tampoco hablábamos. Escuché a mi mamá entrando, saliendo, discusiones, portazos, llanto. La abuela subió el volumen. Después de un buen rato me preguntó ¿cómo ves mis piernas hoy? y yo levanté las gasas para descubrir esas constelaciones que se le iban formando en la piel, colores rosados, violetas cada vez más expandidos y más oscuros que hasta parecían hermosos como esas imágenes del Hubble que recién había visto en un programa, inicios de alguna galaxia donde podíamos vivir solo mi abuela y yo, ahí mismo en una parte de ella. Van mejor, le dije. Me

miró con mucha tristeza y humildad, como comprendiendo que ya nada la salvaría, pudiendo leer mis pensamientos donde yo maldecía a ese dios y su misericordia que según ella la tenía en sus manos, ese dios que yo misma hubiera arrojado a un canal de aguas negras.

narrativa punto aparte 